

EL PORT DE LA SELVA, PAISAJE CON POETAS



© ELOI BONJOCH

EL PORT DE LA SELVA, PUEBLO PESCADOR, ES, VERDADERAMENTE, UN SOLO CUERPO CON EL MAR. Y EL AGUA LE OFRENDA LA BELLEZA DEL ATARDECER Y EL PLACER DEL AZUL ENCALMADO, A CUBIERTO DE LAS FUERTES TRAMONTANAS.

RAFAEL BERTRAN | MONTSERRAT ESCRITOR

Montserrat Vayreda se hace corazón del paisaje y nos habla del “Ampurdán mágico”, lleno de contrastes, en una naturaleza encarada al mar, sobre las montañas, endulzada en los valles, llena de luz, de prehistoria y de historia. Y esto, todo esto, está en El Port de la Selva.

Aunque la historia no existiera, habría suficiente con la luz, desde su milenario cenobio de Sant Pere de Rodes hasta su dulce o brava mar. El pueblo nacido de cara a poniente, tiene ante sus ojos las más pictóricas puestas de sol –impresionantes y siempre nuevas, arte hecho luz– nimbando las barcas amarradas en el puerto, espejo de toda claridad.

Y, desde la luz, El Port de la Selva, para mí, ha sido J.V.Foix. En El Port pude disfrutar de su memoria, de su diálogo siempre enriquecedor. Su casa frente a la mía; en todos los años en que el placer de verla me fue posible, cruzado el callejón, me abría la puerta la mano de su fiel sirvienta, y subía yo la alta escalera que me llevaba al gran poeta: Foix, sonriente, amable, me invitaba a sentarme y a conversar. La historia, la vida, el arte, su obra, el paisaje, la humanidad... La casa está cerca del antiguo Port de Reig que da a una plaza –sombreada por un árbol gigante– que ahora acoge automóviles y cabinas telefónicas. Y el lugar continúa “extrayendo arte” de tantos recuerdos de la vida, desde la casa de Foix, justo en la calle de encima. Como Cadaqués, El Port de la Selva estaba rodeado de viñas. La filoxera, en un tiempo ya remoto, y el turismo, que ha modificado su manera de vivir –y de hacer para vivir– han cambiado, en muchos de los bancales, los cepos por blancas casas de verano y arboledas ajardinadas.

El Port de la Selva, hijo de Selva de Mar, e independiente desde hace doscientos años, se ha extendido junto a la mar materna coronándola con su mirada; amándola. Pueblo pescador, es, verdaderamente, un solo cuerpo con el mar. Y el agua le ofrenda la belleza del atardecer y el placer del azul encalmado a cubierto de las fuertes tramontanas.

El mar, junto a él, ve todavía bailar sardanas con plena espontaneidad, en la hermandad de muchos de los que, viniendo de las ciudades, viven la paz de las noches de verano junto a la playa justo al principio del paseo que lleva también el nombre del admirado Foix. Aquí el poeta Tomás Garcés, desde la Selva cuidada, lo visitaba. Aquí el pe-



riodista Joaquim Ventalló, verano a verano, vive su plena juventud nonagenaria, también rica de memoria y de amistad.

En el Port de la Selva, alzar los ojos al cielo es detenerlos en las piedras de Sant Pere de Rodes, en la mañana clara de casi todos los días. El monasterio es la buscada presencia de un pasado-presente no olvidado, no abandonado en el amor del pueblo. La reconstrucción, seguida con el mismo amor con el que se realiza, lentamente retorna a las piedras la voz de su profundo mensaje. Los caminos que ahí llevan son los que Garcés, Foix, o Ventalló subían a pie desde el puerto. Son ahora cintas asfaltadas que, cómodamente, dejan a sus pies visitantes de todo el mundo. También de todo el mundo es la gente que hay a los pies de las montañas, precedidos por gerundenses y barceloneses. Más de uno venido de Francia o Alemania intenta también hablar –y lo habla– el catalán. El pueblo reúne, en el abrazo al mar, a los enamorados de sus rocas que hacen verdadero el dicho de “Pueblo pescador, pueblo acogedor”.

En verano, los del pueblo que tienen tienda o negocio han de trabajar todos los días de la temporada, cuando más concentrada va es en el mes de agosto; pero toda la población estable sabe que en otoño llegará la Fiesta Mayor, la suya, la verdadera, la que no tendrá nada que ver con aquella que, en pleno verano, también recibe ese nombre. En otoño los de casa viven su propia fiesta, la más esperada, auténtica fiesta, bajo el mismo cielo y al lado del mismo mar que, en frase de Salvador Dalí, “refleja

los dramas de los cielos crepusculares”. En el Port, “El Cafè de la Marina” revive para nosotros Josep Maria de Sagarra. Su obra le retorna en su fuerza creadora, y en el recuerdo de su pulcro traje blanco. De aquí surgió para el teatro *El Cafè de la Marina*, para la poesía *Cançons de rem i de vela* y para la prosa *All i salobre*. Sagarra, como Alexandre Plana, se convirtieron en ejes de intelectualidad.

También de este feliz rincón del mundo fueron los antepasados del escultor Frederic Marès, que, enamorado de las rocas que besan el mar, transfiguró la piedra en vivas obras de arte.

Paredes de otras tierras guardan los paisajes de El Port de la Selva en los cuadros de Freixes Cortés, en las acuarelas de Bordallo o en los óleos de Mariné. La bahía es un anfiteatro sobre el espectáculo permanente del mar guarecido por las rocas, avaras de arena, generosas en cuevas, en moluscos y en colores. Podríamos decir de El Port de la Selva lo mismo que Josep Pla dice de Cadaqués: “El mar está tan a mano, todo está tan inmerso en la obra marina, que es imposible no vivir los espectáculos”. El gozo de estar en sus crepúsculos encendidos.

Las calles entre paredes blancas, suben hacia la montaña –estrechas, escalonadas, desiguales, rústicas... El callejón de la Costa, o el de la Cala Prona, atravesados por la calle de la Unión, la calle Mayor, la de las Ginesteres... y la calle de arriba hasta las Figuerasses. Con el mar a sus pies y el cielo sobre la testa, el hombre está ahí desde los primeros tiempos: sus dólmenes son testimonio, las necrópolis lo retornan de la lejanía. De día las gaviotas señorean la bahía, el sol juega entre las nubes al escondite, los cascabeles de las barcas hablan de suave tramontana... La noche clava las luces dentro del mar. Y el pequeño pueblo encalmado vive en una paz inmensa.

Hoy sus montañas peladas –las talas dejaron casi sin verde las rocosas tierras– dejan ver pinos replantados que le devuelven la vida. El monasterio abandonado es, en un renacimiento lento, capaz, sin embargo, de hacer vivir en el corazón los tiempos en que lo vieron activo y llenas de viñas las superficies onduladas. La luz que besa la tierra, como el mar, desde miles de momentos, continúa besando, agradecida, la belleza del pueblo blanco y sencillo, agrupado junto al mar, al norte del Cabo de Creus. ■